

Sonrióse María Antonieta al oír la y sus ojos se llenaron de lágrimas de alegría.

Horas felices fueron en efecto las que pasó en el Trianon aquel día la pareja real, tan brillantes y apacibles para María Antonieta especialmente, que olvidó sus amargas tristezas de por la mañana y sin reserva se entregó al goce de aquella vida, se puede decir bucólica. Comieron una comida campestre compuesta de huevos, harina y leche. Después todos salieron al prado y se sentaron en la verde yerba, bajo los copudos árboles á contemplar las vacas paciendo y dándole de mamar á sus terneros. Pero como la vida de los campesinos no se reduce á comer y gozar, María Antonieta, queriendo dar el ejemplo de laboriosidad á su gente, hizo traer la rueca, que puesta en un banquillo, no tardó en dar giros é hilar. ¡Cuán rápidamente giraba! Así gira la rueda de la fortuna, que hoy ofrece goces, mañana calamidades.

No había cerrado la noche y todavía daba vueltas la rueda de la fortuna, trayendo en pos de sí calamidades sin cuento. Y es que María Antonieta de nada estaba más distante á la sazón que de la siniestra verdad simbolizada en la rueca. Sus ojos relampagueaban de júbilo, la sonrisa no abandonaba sus labios de rosa. Ni cuando dejó la rueca y con la caña de pescar en la mano á orillas del lago, daba un grito infantil de alegría cada vez que pillaba un pez, se le anubló el semblante un punto, ni le pasó por la mente de que todo aquello debía convertirse en breve en lágrimas y sangre. Cogidos los habitantes del lago por su codicia, la reina los condimenta con sus propias manos y se los presenta al rey á la hora de la cena, todavía risueña y contenta. La rueda de la rueca ha cesado de girar, pero la de la suerte continúa moviéndose.

Ya no está allí el rey, se ha retirado á su molino. Pero no está solo. ¿Quién se atreve á turbarle? Algo serio debe ser; porque es bien sabido que el rey casi nunca va al Trianon y que cuando está en él no quiere que le hablen de negocios.

El que le molesta, pues, no es otro que su primer ministro el baron Breteuil, que viene en busca del molinero del pequeño Trianon, para rogarle, aun allí, que sea de nuevo rey.

CAPÍTULO IV.

EL COLLAR DE LA REINA.

LUEGO que un paje, vestido de molinero, anunció la llegada del baron de Breteuil, se retiró el rey á su cuarto y volvió á vestir el traje de corte, que se componía de casaca larga de color pardo, calzones de terciopelo negro, chupa cumplida de raso bordada de oro, y sobre esta la cinta de la orden de San Luis. Y después, con semblante de cariacontecido pasó á la sala donde le esperaba su primer ministro.

—Dime pronto, dijo el rey sin más saludo, traes malas nuevas? Qué ocurre de nuevo?

—Sire, contestó el ministro respetuosamente, de todos modos es algo inesperado lo que ocurre, pero no sé si malo después de hacer mayores indagaciones.

—Indagaciones! repitió el rey. Entonces ¿hablas de un crimen.

—Sí, Sire, de un crimen, el crimen de falsía, y, según parece, de un desfalco en inmensas sumas y objetos de mucho valor.

—¡Ah! suspiró el rey como aliviado de un gran peso. Así, pues, se trata de dinero únicamente.

—No, Sire, se trata de cosas que conciernen á la honra de S. M. la reina.

—¿Se atreverán otra vez á tocarle al honor de la reina? exclamó el rey puesto en pié y rojo de indignación.

—Sí, Sire, se atreven; repuso con calma Breteuil. Y ahora el plan es tan infernal y bien trazado que difícilmente daremos con la verdad. ¿Me permite V. M. que le explique el asunto?

—Tiene razón, baron; dijo el rey sentándose en un banquillo de madera é indicando al ministro hiciera lo mismo en otro.

—Sire, contestó el baron, me aprovecho del favor que me hace V. M. porque me siento cansado, con la carrera que he dado hasta aquí.

—¿Pues qué, es tan urgente el asunto? preguntó el rey sacando su caja de rapé y haciéndola girar entre sus dedos sin usarlo.

—Sí, Sire, muy urgente; respondió el baron sentándose. ¿Recuerda V. M. el hermoso collar que el joyero de la corte, Bohmer, tuvo la honra, hace tiempo, de ofrecer á V. M.

—Sí, que lo recuerdo. Por cierto que en esa ocasión se mostró la reina tan liberal y generosa como suele. Me dijeron que ella había celebrado mucho el collar que la mostró Bohmer, y, sin embargo, que se negó á comprarlo porque le pareció muy caro. Quise comprarlo yo y tener el gusto de regalárselo á la reina, pero ella se opuso decididamente.

—Recordamos muy bien la bella respuesta que S. M. dió á su augusto esposo. Con delicia repitió todo París las palabras de que se sirvió S. M. en aquella ocasión:—“Sire, tenemos mas diamantes que barcos. Cómprase un barco con ese dinero.”

—Tienes buena memoria, porque hace ya cinco años que sucedió eso. Desde entonces Bohmer ha hecho dos veces la tentativa para venderme ese costoso collar; pero le he despedido y al fin prohibíle que me hable más del asunto.

—Creo, que entre tanto, ha osado molestar á S. M. la reina varias veces acerca del collar. Parece que llegó á persuadirse que V. M. quería comprarle. Años há él hizo escoger por toda Europa piedras exquisitas, queriendo fabricar un collar de diamantes grande, pesado y brillante. Como S. M. la reina se negase á pagar los dos millones de francos que pedía por la joya, se la ofreció por un millón y ochocientos mil.

—He oído eso. Tan molesta llegó á verse la reina, que al fin dió orden para que no se admitiera en palacio á Bohmer.

—Y en cumplimiento de dicha orden no volvió el tal joyero á poner los piés en Versailles. Entonces apeló á la pluma, con cuyo motivo S. M. recibió dos semanas há una carta suya, en que la decía que sería muy dichoso si por su medio S. M. entraba en posesión de los mas hermosos diamantes de Europa, implorándola además no olvidase al joyero de la corte. La reina riendo leyó la carta á su dama de honor madama Campan, y dijo que no parecía sino

que el collar había privado de la razón á Bohmer. Pero no queriendo ocuparse más de la carta, ni teniendo la intención de contestarla, la quemó á la luz de una vela que acertó á estar en su mesa.

—¡Santos cielos! exclamó el rey. ¿Y cómo sabes tú esos pormenores?

—Sire, los obtuve de los labios de madama Campan misma, habiendo tenido que hablarle sobre el collar.

—¿Pero qué es lo que hay sobre semejante collar? ¿Qué tiene la reina que hacer con él? preguntó el rey ya sofocado.

—Sire, el joyero de la corte, Bohmer, afirma que lo vendió á S. M. y desea ahora que se le pague.

—Tiene razón la reina, ese hombre ha perdido el seso. Si hubo tal venta, alguien debió estar presente que la confirme, y ciertamente que los cajeros de S. M. sabrían algo.

—Sire, Bohmer asegura que la reina dispuso le compraran el collar en secreto, por un tercero, y que este tenía facultad para exhibir treinta mil francos y prometer doscientos mil más.

—¿Cómo se llama ese tercero? Su nombre.

—Sire, añadió el baron con solemnidad, es el cardenal y gran limosnero de V. M. el príncipe Luis de Rohan.

El rey hizo una exclamación y se puso en pié de nuevo.

—¿Rohan? repitió como dudoso. ¿Y se atreven á mezclar el nombre de este hombre que S. M. odia y desdén con el suyo limpio y puro? Bah! Breteuil; puedes ir en paz; el cuento es demasiado necio para darle crédito.

—Si place á V. M., Bohmer lo ha creído á puño cerrado y ha entregado el collar al cardenal, recibiendo la promesa de pago de puño y letra de S. M. la reina.

—¿Quién lo dice? Cómo has averiguado tú estos detalles?

—Sire, los he averiguado por un memorial que me envió Bohmer después de solicitar en vano que le concediera una entrevista. Bastante confuso estaba el memorial y no lo entendí; pero como manifestase en él que la camarera de S. M. le aconsejó se dirigiese á mí como primer ministro, consideré prudente hablar con madama Campan. Tan importante fué lo que supe por ella que la rogué me acompañase á Trianon y repitiese la historia en presencia de V. M.

—¿Está aquí madama Campan?

—Sí, Sire, y á nuestra llegada supimos que Bohmer se nos había anticipado, deseoso de hablar á la reina. Como siempre le han negado el permiso y se ha marchado llorando y murmurando.

—Ven, dijo el rey, vamos al palacio de Trianon; deseo hablar con Campan.

Y con menudos pasos, el rey, seguido del ministro, salió del molino, y evitando el camino ancho para que la reina no le viese, echó por una vereda que por detrás de las casas conducía allá.

—Campan, dijo el rey apenas entró en el gabinete donde la camarera esperaba, acaba de contarme el ministro una historia tan extraña como increíble. Repíteme tu última conversación con Bohmer.

—Sire, repuso madama Campan haciendo una reverencia, ¿me ordena V. M. que hable antes que la reina sepa lo que pasa?

—¡Ah! exclamó el rey volviéndose para el ministro, ¿ves como tengo razón? Nada sabe sobre esto la reina, de lo contrario ya me hubiera hablado del asunto. Gracias á Dios, ella no tiene secretos para mí. Te agradezco la pregunta, Campan. Mejor es que la reina presencie nuestra conferencia. Enviaré á buscarla.

Y yendo á la puerta, la abrió y gritó:

—¿Hay aquí algún criado de la reina?

Tan sonora y retumbante fué la voz del rey, que el chamberlan Weber, que se hallaba en la antesala, la oyó distintamente y acudió á la carrera.

—Weber, le dijo el rey, corre al pequeño Trianon y di á S. M. la reina, que tenga la bondad de venir al palacio lo mas pronto posible, para consultar sobre un asunto que no sufre dilación. Pero cuida que la reina no se alarme, cosa que no imagine que han llegado malas nuevas de su familia. Corre, Weber; y ahora, baron, añadió cerrando la puerta, ahora te convencerás por tus propios oídos, que la reina se sorprenderá tanto y sabe tan poco de estas cosas como yo mismo. Deseo, por ello, que tú oigas la conversación que voy á tener con mi esposa y Campan, sin que ella sepa que tú estás cerca. De este modo te convencerás de cuán impudente y vergonzoso es el enredo que se traen entre manos. ¿A dónde conduce esa puerta, Campan? preguntó el rey señalando para una blanca, con filetes de oro, casi cubierta por dos cortinas de raso blanco, bordadas de realce.

—Sire, conduce á la salita de recibimiento.

—¿Pasará por ahí la reina cuando entre?

—No, Sire, ella está acostumbrada á entrar por el mismo rumbo que V. M. trajo, es decir, por la antesala.

—Bien. Entonces, baron, vé á la salita. Deja abierta la puerta, y tú, Campan, suelta las cortinas, de modo que cubran la entrada y pueda oír el ministro sin ser visto.

Apenas había pasado un cuarto de hora cuando entró en su retrete la reina con las mejillas encendidas y muy agitada. Fué el rey á su encuentro, le tomó una mano y la oprimió con sus labios.

—Perdona, María, si he agitado tu diversion.

—Dime pronto lo que hay ¿qué desgracia vas á anunciarme? gritó la reina impaciente.

—No es una desgracia, sino una gran mala-dería, y como tal bien puede considerarse una desventura que se encuentre tu nombre mezclado en un enredo no ménos desagradable que absurdo. Afirma el joyero de la corte, Bohmer, que te ha vendido un collar en un millón y ochocientos mil francos.

—Pero ese hombre está loco; dijo la reina.

—Es eso, Luis, todo lo que tienes que decirme?

—Deseo que Campan repita la conversación que tuvo ayer con Bohmer.

Y diciendo esto el rey indicó á la camarera mayor que se acercara, pues á la entrada de la reina, se había retirado, por respeto, al fondo del cuarto.

—¿Cómo! gritó la reina sorprendida, echando de ver entonces á su camarera mayor. ¿Qué naces aquí? Qué significa todo esto?

—Vine á Trianon á informar á V. M. de una conversacion que tuve ayer con Bohmer. Cuando llegué supe que acababa de estar aquí.

—¿Y qué quería él? No me dijiste, Campan, que él ya no poseía el malhadado collar con que me ha estado atormentando años seguidos? No me dijiste que lo habia vendido al gran Sultan y que habia ido á Constantino-
pla?

—No hice mas que repetir á V. M. lo que me habia dicho Bohmer. Entretanto, ruego á V. M. me permita repetir mi entrevista hoy con el mismo. No bien salió V. M. para Trianon con la duquesa de Polignac, cuando se anunció la presencia del joyero. Venia visiblemente inquieto y turbado y preguntó si V. M. no le habia dejado ningun recado. Le contesté que no, que la reina no tenia orden que darle, y que ella estaba cansada de su petulancia. Pero es fuerza que se me dé una contestacion á la carta que dirigí á la reina, dijo Bohmer, ¿A quién debo ver para eso?—A nadie le contesté; S. M. ha quemado la carta de V. sin leerla.—¡Ah! madama, exclamó, eso es imposible. La reina sabe que me debe dinero.

—¿Qué le debo dinero! repitió María Antonieta horrorizada. ¿Cómo se atreve el miserable á afirmar semejante cosa?

—Lo mismo le dije yo. Pero él repuso muy sereno, que V. M. le debía un millon y cosa de quinientos mil francos. Y cuando asombrada de sus palabras le pregunté de qué procedia esa enorme deuda, me contestó.—De mi collar que le vendí.

—¿Otra vez el maldecido collar! exclamó la reina. Se me figura que el hombre le hizo solo para martirizarme. Año tras años le he oido hablar de semejante joya, y en vano he hecho cuanto estaba en mi mano por quitarle de la cabeza la idea fija de que debó comprarla. Tanta ha sido su ilusion que ahora afirma que la he comprado.

—María, dijo el rey con seriedad, el hombre no está loco. Escucha un poco mas. Continúa, Campan.

—Me eché á reir, presiguió esta, le dijo que cómo se atrevia á afirmar semejante cosa cuando hacia solo unos pocos meses que me habia dicho habia vendido el collar al Sultan. Entónces me replicó que la reina le habia ordenado diese esa respuesta á todo el que le preguntase por dicha prenda. Me dijo mas, me dijo que V. M. habia comprado el collar en secreto, por conducto del señor cardenal de Rohan.

—¿Por medio de Rohan? repitió la reina indignada. ¿Por medio del hombre que mas odio y desprecio? ¿Y hay en Francia persona que lo crea? Hay águen que ignore que el cardenal no ha estado nunca en mi gracia?

—Dije á Bohmer, que estaba engañado, que la reina jamás entraria en tratos ocultos con el cardenal de Rohan, y ¿sabe V. M. lo que contestó? La que se engaña es V., madama. Goza de tanto favor con la reina el señor cardenal, y mantiene con ella relaciones tan confidenciales, que me ha enviado por él treinta mil francos del primer plazo. La reina sacó el dinero en presencia del cardenal, del escritorio de porcelana de Sevres que se halla en su camarín junto á la chimenea. Y en realidad ¿dice eso el cardenal? le pregunté yo. Me contestó que sí y entónces le dije que estaba engañado. A

esta sazón comenzó él á desazonarse grandemente y á repetir: ¡Santos cielos! ¿Qué será de mí si V. tiene razon? Que será de mí si en efecto estoy engañado? Siempre habia sospechado yo algo. Me prometió el cardenal que la reina llevaria á misa el collar el dia de Pentecostés, y aunque estuve atento, no sucedió así; razon por la cual me resolví á escribirle. Al fin, cuando lleno de ansiedad y dudas, me preguntó qué podia hacer en su aprieto, le contesté que fuera á verse con S. E. el primer ministro y le refiriera todo el caso. Prometió hacerlo así y se marchó. Y yo me apresuré á venir aquí para relatar toda la historia á V. M.; pero cuando llegué descubrí que el malaventurado joyero me habia precedido, y se volvió á Paris así que le prometí hablar sobre el asunto á V. M. hoy mismo.

La reina que habia estado oyendo la relacion muda, inmóvil, llena de asombro, no bien acabó de hablar madama Campan, se puso en pié y en el estilo de la córte, dirigió al rey este discurso:

—Sire, habeis oido la historia. Acusan á vuestra esposa y culpan á la reina de inteligencia secreta con el cardenal Rohan. Pido que se haga una inquisicion rigida, estricta del asunto. Llamad al punto al señor Breteuil á fin de que nos dé consejo. Insisto en ello.

—Y vuestra voluntad es ley, señora, le contestó el rey en el mismo estilo, echándole una mirada afectuosa. Sal, Breteuil.—Y así que apareció por entre las cortinas la cara del ministro, añadió hablando con su esposa:—Quise que fuera un testigo oculto de esta entrevista y que por sí mismo juzgara de cómo tú recibias la noticia.

—¡Ah! Luis, exclamó María Antonieta tendiéndole una mano,—¿con que ni por un instante has dudado de mi inocencia?

—No, en verdad, ni por un instante. Pero considerémos con Breteuil lo que haya de hacerse, despues llamarémos al abad de Viermont, para que tome parte en nuestras deliberaciones.

Al siguiente dia, 15 de agosto, ocupaba los salones de Versailles una brillante y escogida reunion. Como dia de la Asunion, era de fiesta y los reyes con toda la córte, pensaban oír la gran misa que debia celebrarse en la capilla del palacio el cardenal y limosnero mayor.

Reunida toda la córte; el cardenal en traje de ceremonia, ostentando todas las insignias de su rango, acababa de entrar en la gran sala de recibo y solo esperaba la llegada de los reyes, para guiarlos á la iglesia. La expresion del rostro del cardenal, que pasaba por uno de los mejor parecidos de la córte Francesa, era de una animacion desusada, y mientras hablaba con el duque de Conti y con el conde de Artois, no separaba sus grandes ojos negros de la puerta por donde debian entrar el rey y la reina. Al fin se abrió esta, pero en vez de presentarse esos augustos personajes, se presentó un lacayo, que despues de recorrer la sala con ojos inquisitivos, descubierta la elevada persona del cardenal, se encaminó derecho á él y le dijo al oído:

—Monseñor, S. M. aguarda por V. E. en el gabinete.

Cortó de pronto el cardenal su conversacion, y pasó al gabinete. Allí no habia mas que el

rey y la reina, y en el alféizar de una ventana, algo apartado, el primer ministro Breteuil, enemigo antiguo é irreconciliable del orgulloso cardenal.

Habia entrado este con paso firme y ligero; pero ante el aspecto frio del rey y la mirada ardiente de la reina, pareció apocarse un tanto y abatir su orgullo natural.

—¿Le has comprado diamantes á Bohmer? le preguntó el rey bruscamente.

—Sí, Sire, contestó el cardenal.

—¿Qué has hecho con ellos? Responde, te lo mando.

—Sire, dijo el cardenal tras una breve pausa, yo suponía que se los habian dado á la reina.

—¿Quién te dió esa comision?

—Sire, una señora de nombre condesa Lamotte-Valois. Dióme una carta de S. M. y creí hacerle un favor desempeñando una comision que la reina se dignaba confiarme.

—¿Y exclamó ella con desden. ¿Habia yo de confiarte comision ninguna? Yo, que en ocho años seguidos no me he dignado dirigirte la palabra? Y habia de emplear una persona como tú, pretendiente sempiterno?

—Veo claramente, repuso el cardenal, que águen se ha entretenido en pintarme mal á los ojos de V. M. Pagaré yo el collar. El vivo deseo de complacer á V. M. la ha cegado respecto de mí. No he tratado de practicar engaño ninguno, y estoy ahora cruelmente desengañado. Pero repito, pagaré el collar.

—¿Y supones, repuso la reina colérica, que ahí concluye todo? Crees que pagando por los diamantes lavarás la mancha que has echado sobre el nombre de la reina? No, no. Esto ha de investigarse; quiero que todos aquellos que han tomado parte en este ignominioso enredo sean sometidos á un exámen rigido. Dame las pruebas de que te han engañado y de que no eres mas bien el engañador.

—¡Ah! señora, exclamó el cardenal en tono de confianza, hé aqui la prueba de mi inocencia. Esa es la carta de la reina á la condesa Lamotte, en que me faculta S. M. haga la compra de los diamantes.

Tomó el rey la carta, le echó una mirada rápida, leyó la firma, y luego se la pasó á su esposa con aire de duda. Con doble ansiedad le recorrió esta con la vista y al cabo rompió en una sonora carcajada y señalando para la carta dijo al cardenal:

—Esa no es mi letra, ni mi firma. ¿Quién eres tú, príncipe y limosnero mayor de Francia, quien eres tan ignorante, ó tan necio, que crees que yo pudiera firmarme.—María Antonieta de Francia? Todos saben que las reinas solo usan sus nombres de bautismo en la firma. Tú solo pareces ignorarlo.

—Lo veo, murmuró el cardenal pálido y tan débil que tuvo que apoyarse en una mesa. Lo veo he sufrido un engaño cruel.

—¿Escribiste tú esta carta á Bohmer, incluyendo treinta mil francos en parte de pago por el collar? preguntó el rey al cardenal dándole un papel que tomó de la mesa.

—Sí, Sire, contestó en voz muy apagada.

—Lo confiesa! gritó la reina furiosa. Así pues, me creía á mí, su reina, capaz de semejante infamia.

—Afirmas que compraste la joya esa para la reina. ¿La entregaste en persona?

—No, Sire, la condesa Lamotte fué quien la entregó.

—¿En nombre tuyo, cardenal?

—Sí, Sire, en mi nombre, y al mismo tiempo dió un recibo á la reina por ciento cincuenta mil francos, que yo la prestaba para hacer la compra.

—¿Y qué recompensa te dió la reina?

Titubeó el cardenal y como la mirada colérica y fria de la reina, le hiciese subir la sangre á la cabeza, dijo:

—¿Desea V. M. que yo diga toda la verdad? Sire, la reina me recompensó por este pequeño favor de una manera digna: me concedió un empleo en el parque de Versailles.

—Sire, dijo ella agarrando con fuerza á su marido por el brazo, ¿escucha V. M. á este architraidor? Pues no se empeña en cubrir de infamia el nombre de su reina! ¿Lo sufrirá V. M.? Puede la púrpura proteger al villano?

—No, no, no le protegerá; exclamó el rey irritado. Breteuil, cumple con tu deber. Y tú, cardenal, tú que te atreves á culpar á la reina y á manchar el buen nombre de la esposa de tu soberano, vete.

—Sire, tartamudeó el cardenal, Sire, yo...

—¡Calla! le interrumpió el rey alzando la mano y señalándole para la puerta, fuera, digo, fuera.

El cardenal dando traspieses salió del gabinete y volvió á la sala, llena de gente que reia, conversaba y se paseaba de arriba á baja. Pero apenas habia penetrado en ella, cuando resonó la voz del primer ministro, que le habia seguido los pasos de cerca:

—Capitan de la guardia, en nombre del rey, arrestad al cardenal de Rohan y conducidle á la Bastilla con fuerte escolta.

Estalló un murmullo de asombro al sonido de estas palabras, é inmediatamente despues todos en el salon guardaron profundo silencio. Todos los ojos estaban fijos en el cardenal, que si bien pálido, seguia andando, como si no se tratara de él. Le salió, sin embargo, al paso el oficial ántes mencionado y le dijo al parecer con tristeza:

—Monseñor, le arresto en nombre del rey. Tengo orden de conducir á V. E. á la Bastilla.

—Vamos, hijo mio, le contestó el cardenal abriéndose paso por entre la multitud, pues que el rey lo manda, vamos á la Bastilla.

Llegó á la puerta de salida, y así que la abrió el oficial, se volvió para el salon, é irguiendo la cabeza con aire tranquilo y digno, dió su bendicion á la azorada multitud.

Cerróse la puerta y los señores y señoras de la córte se dispersaron por Versailles y Paris para correr la horrible nueva de que el rey habia hecho prender al cardenal, el limosnero mayor de Francia, en su traje de ceremonia, y que esto se hizo por voluntad de la reina.

Y á medida que rodaba la noticia aumentaba de volumen, como un alud de calumnias.

—¡Ay! de la Austriaca! tronaba Marat por la noche en su club. Mientras el pueblo hambrea va ella y le pide dinero al cardenal de Rohan para comprar joyas. Ahora que el cardenal pide su dinero, la reina se lo niega, dice que no lo ha recibido, y permite que arrastren á la Bastilla al cabeza de la Iglesia. ¡Ay! de la Austriaca!

Y todos los hombres del club, en que sobresalía la cara avinagrada del maestro Simon, repitieron en coro:—¡Ay! de la Austriaca!

CAPÍTULO V.

ENEMIGOS Y AMIGOS.

Todo París se hallaba en conmoción. El pueblo llenaba las calles y se atropaba en las esquinas y plazas para escuchar los discursos de oradores improvisados, comentando las extraordinarias nuevas del día.

—El señor cardenal de Rohan, limosnero mayor del rey, decía un franciscano montado sobre un escabel de piedra en la esquina de las Tullerías y plaza del Carrousel,—este elevado dignatario de la Iglesia, ha sido privado de sus derechos y libertad. Por su dignidad está fuera de la jurisdicción ordinaria y solo el Papa tiene derecho de juzgarle. ¿Pero sabéis lo que se ha hecho? Le han sustraído del tribunal de la curia y lo han sometido al Parlamento, como si se tratase de un criado cualquiera del rey; en una palabra, jueces seculares van a juzgarle y a hacerle cargo de un crimen que no ha cometido. Porque, ¿qué es lo que ha hecho el limosnero mayor de Francia, el cardenal y primo del rey? Le había dicho una señora, á quien él creía en la confianza de la reina, que esta deseaba adquirir cierta joya valiosa, la cual no podía comprar por hallarse vacíos los cofres del tesoro real. Le indicó dicha señora además, que si él facilitaba el dinero y adquiría la tal joya, la reina tendría en ello un verdadero placer. En su virtud, el cardenal, servidor fiel y sincero de sus soberanos, se apresuró á hacer lo que se le indicaba; pero con toda la precaución que el caso pedía, no fuera que se comprometiera la honra real, si la reina se dirigía á otro miembro de la corte, para que le prestara aquel delicado servicio. Y decid, mis buenos amigos, ¿no fué mejor que él hiciera este sacrificio en secreto y complaciendo á la reina, evitara un escándalo?

—Cierto que sí, repitieron muchas voces. El señor cardenal es un caballero. ¡Viva el cardenal de Roban!

—¡Vergüenza para la Austriaca! gritó el zapatero de viejo Simon en otro corrillo, y centenares de voces roncadas repitieron: ¡Vergüenza!

—¡Escuchad! mi querido pueblo de París, escuchad buenos corderos, cuya lana esquilman para que la Austriaca descansa en cama mas blanda; chilló otro. Oid lo que ha ocurrido. Lo sé de buena tinta, porque acabo de llegar del Parlamento, y un amigo mio copió un discurso con que el rey va á abrir las sesiones.

—Léale, léale, exclamaron muchas voces, mientras otros gritaban, silencio! El discurso, el discurso. Que lo lea!

—Lo leeré con gusto, repitió la misma voz chillona. Pero soy muy pequeño en comparación de vosotros, como lo es todo el que se opone á la mas elevada majestad de la tierra—el pueblo.

—Oid, nos llama majestad. Debe ser ese un excelente señor.

—¿Qué dice? preguntaban otros mas distantes. Que repita sus palabras. ¿No hay uno que

le alce en sus hombros, á fin de que le oigamos mejor?

—Un paisano de anchas espaldas, alto, bien portado, con aspecto franco, vivo y ademan bizarro, se abrió camino por entre la apiñada muchedumbre y se acercó al orador invisible.

—Venga acá, hombrecito, le dijo, le pondré en mis hombros.... Mas calla, Marat, ¿eres tú?

—Y tú, contestó este, no eres Santerre, el grande hombre, porque la cerveza que fabricas es la mejor que se bebe en París? Condescenderás tú, mi digno amigo, en alzar sobre tus hombros al pobre Marat, á fin de que comuniqué al pueblo la gran noticia?

En vez de contestar el cervicero Santerre agarró al jorobado por ambos brazos, y de un tiron se lo echó en los hombros. Encantada la gente, no solo de la destreza sino de la facilidad con que el hombre hercúleo había hecho aquello, le aplaudió tanto mas cuanto que reconoció en él al popular cervicero. Pero no era ménos conocido Marat, el médico de los caballos del conde de Artois, como él mismo se titulaba, el médico de los pobres y de los desgraciados, como le decían sus aduladores, y le saludaron tambien con vivas y palmadas.

Este volviendo el rostro feo y torcido hacía las paredes de las Tullerías que se elevaban por detras de los árboles del jardin, sacudiendo el puño y en tono amenazante, comenzó á decir:

—¿Lo habeis oido, dioses orgullosos de la tierra? Habeis escuchado el trueno distante? No os turba el sueño del vicio y os compele á ponerlos de rodillas y orar como miserios pecadores, ántes que llegue la hora del juicio? No. Vosotros no veis ni ois. Estais sordos y vuestros corazones están cerrados. Tras de los soberbios muros de Versailles, que el mas vicioso de los monarcas levantó para sus secretos placeres, ahí os entregais á la holganza y le cerrais las puertas á la verdad, que oirais de los labios del pueblo, si tuvieseis la condescendencia de venir á París.

—Viva Marat! gritó el zapatero Simon, que atraído por el rumor, había dejado el corrillo en torno del franciscano y se acercó al que se había formado en derredor del gigantesco Santerre con el jorobado en sus hombros.

—¡Viva Marat! repitieron los circunstantes, ¡Viva Marat! que no es un señor y no desprecia al pueblo.

—Amigos míos, chilló él, repito lo que he dicho otras veces. ¿Habeis oido jamas de un hombre discreto que miró con desden al príncipe, heredero de la corona, y se ocupó mas del rey, ya viejo, enervado por sus vicios é inválido? Pues vosotros, el pueblo, sois el príncipe, heredero presunto de la corona de Francia; y si vosotros, usando de vuestro derecho, hollais al tirano, entónces el joven príncipe será el que gobierne la Francia. He tomado esta tribuna improvisada en los hombros de un noble ciudadano solo para contaros las indecencias de la reina y sus usurpaciones, no contenta con los bailes y paseos de noche en los jardines de los sitios reales. Os leeré el discurso que el rey envió hoy al parlamento. ¿Queréis que lo lea?

—Sí, fué el grito que salió de todas las bocas.

Sacó Marat del bolsillo un pedazo de papel

recio y empezó á leer con voz ronca y cascada:

—Luis, por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra, á nuestros queridos y fieles consejeros, miembros del tribunal de nuestro Parlamento, salud:

—Ha llegado á nuestra noticia que individuos nombrados Bohmer y Bassenge, sin el conocimiento de la reina, nuestra muy amada consorte y esposa, han vendido un collar de diamantes, avaluado en un millon y seiscientos mil francos, al cardenal de Rohan, quien les manifestó obrar en el asunto por instrucciones de la misma reina. Para persuadirles de que ella aprobaba eso, les presentaron papeles suscritos al parecer por la real mano. Luego que dichos Bohmer y Bassenge hubieron entregado dicho collar al dicho Rohan, como no recibiesen el primer plazo del dinero, acudieron á la reina misma. No sin justa indignacion hemos visto, que se tome en boca con ligereza y no se le guarde el respeto debido, á un nombre eminente, que en mas de un sentido, es caro á nuestro corazon.

A la jurisdicción de nuestro tribunal hemos creído que pertenecía el conocimiento de la causa del dicho Rohan, y vista la declaracion que hizo ante nos, de que le había engañado una mujer de nombre Lamotte-Valois, hemos hecho asegurar la persona de esta, como tambien la de madama Valois, á fin de que se descubra la verdad y se imponga el condigno castigo á todos los que resulten culpables. Es por consiguiente nuestra voluntad que se vea la causa ante el tribunal supremo del Parlamento, que la juzgue y falle definitivamente.

—Aquí tenéis el bello mensaje, dijo Marat. Esta es obra de la Austriaca, porque ya sabéis que el rey ya no gobierna sino la reina, para la cual toda la Francia es un Trianon. Habeis visto en las puertas de los edificios del gobierno:—*Por la reina.* Esta es la verdad; ella gobierna, manda, dicta; el rey ejecuta. ¿Quién es culpable en el enredo del collar? No madama Valois, no la mujer Lamotte, no el ilustre cardenal; estos no han sido mas que instrumentos en manos de la astuta Austriaca. Pero es fuerza que alguno de los tres saque las castañas de la estufa, para que no se quemé la verdadera culpable las manos y pueda seguir hollando la modestia y la moral pública y ahora pisotee tambien la Iglesia.

—¡Silencio, Marat! le gritó algún. Silencio! Los dragones se acercan y pueden echarle garra, y nuestros amigos no deben ir á la Bastilla.

En efecto, en aquella sazón, se presentó á la entrada de la calle que conducía á la plaza, por la parte de las Tullerías, un escuadron de dragones, avanzando á paso de carga. No esperó Marat que le repitieran el aviso, ántes no bien vió reducir los sables, saltó de los hombros del cervicero al suelo como un gato y desapareció por entre los piés, se puede decir, de la multitud en general dispersion.

Entretanto el cardenal de Rohan seguía preso en la Bastilla, donde le trataban, sin embargo, con todo el respeto debido á su rango. Tenía para su alojamiento una serie de cuartos, le permitían el servicio de sus dos camareros, y de cuando en cuando ver y conversar con sus parientes, bien que en presencia del goberna-

dor de la Bastilla. Pero Foulon era un buen católico y siempre se mantenía á respetable distancia del cardenal, quien en tales ocasiones no descuidaba echarle la bendicion. En los varios exámenes que se le hicieron, el jefe del sumario le trató con la mayor consideracion y no bien daba muestras de cansancio, suspendía la audiencia para el día siguiente. Además, en esas sesiones tomaba parte el defensor del preso, quien se ocupaba de reunir testigos y acumular pruebas á fin de mostrar que su cliente era la victima de un complot hábilmente urdido y no había cometido otra falta que la de ser demasiado celoso al servicio de su reina.

Se corria que habían hecho muchas prisiones en París. Por el real decreto se sabia que habían arrestado y encerrado en la Bastilla á la condesa Lamotte-Valois, y se queria averiguar si había corrido la misma suerte el conde Cagliostro, el médico brujo, que no se veía en ninguna parte. Tambien se susurraba que habían preso y traído á París para meterla en la temible Bastilla, á una jóven de Bruselas, que se suponía complicada en el negocio del collar y se parecia mucho á la reina Maria Antonieta.

Todo París, toda Francia, puede decirse, estaba pendiente de este intrincado asunto y esperaba con ansia su desenlace.

Aseguraban los amigos de la reina que ella era inocente de todo; que nunca había hablado con la condesa Lamotte-Valois, excepto una vez y eso por medio de su chamberlan. Este afirmaba no haberle enviado jamas socorro. Pero no eran muchos estos amigos de la reina, léjos de ello, el número se disminuía diariamente.

Habiase visto el rey en la necesidad de disminuir los gastos de la casa real, lo mismo que los del gobierno de la nacion. Durante los últimos años no había habido buenas cosechas en Francia. Grande era la carestía de todos los mantenimientos: no se podían cobrar las contribuciones: fuerza era introducir reformas y economías en todos los ramos de la administracion y sobre todo ser mas parcios en la concesion de prebendas y gracias á los favoritos y sicofantas de la casa real.

La reina era la que hacia llover sobre sus amigos, y compañeros en Trianon, una lluvia de oro en las prendas del favor real. Hacía ella esto por pura bondad de corazon y por el amor que profesaba á sus amigos. ¡Era en verdad tan dulce causar regocijo á los que amaba; tan agradable ver sonreír de gusto á la duquesa de Polignac! Ni es que esta pidiese nunca gracias para sí misma: su placer consistía en hacer á otros dichosos. No poca lucha costaba á su real amiga hacerle aceptar algun don.

Pero tras la duquesa Diana se hallaba su hermano y su cuñada, el duque y la duquesa de Polignac, que eran ambiciosos, vanos y avarientos; y tras ella se hallaban asimismo los tres favoritos de las reuniones en Trianon, los caballeros Vaudreuil, Besenval, Adhemar y otros, que querían embajadas, puestos en el ministerio, títulos, insignias y distinciones de todos géneros.

El conducto por donde esta caterva de pretendientes se dirigía á la reina era Diana de Polignac; á ella, la amiga del corazon, era á la que preguntaban si la peticion se concedería é

no. Luis concedía todo cuanto le pedía la reina y esta en seguida iba á su amiga Diana á derramar á sus piés los dones de la real mano y recibir en pago una sonrisa, un beso.

Las familias nobles veían con envidia y disgusto el favor que alcanzaban los Polignac y los favoritos del Trianon. Se alejaron de la corte, abandonando la —reina del Trianon,— como la llamaban por ironía, á sus amigos privados y á sus villanos entretenimientos, que, según aseguraban, no convenían á la primera nobleza. Entregaron además el rey al imperio de su esposa, que le dominaba, la cual á su vez, gobernaban los Polignac y demás favoritos. Estos y sus amigos ocupaban todos los puestos de honra y de provecho, y á ellos se dirigían los que querían alcanzar algún favor de la corte y aun hasta que se les hiciera justicia.

En torno de los soberanos no había mas que intrigas, cábalas, envidia, hostilidad. A fin de alcanzar influencia y consideración, cada cual se afanaba por ser el primero en el favor de la reina; cada cual murmuraba de su colega á fin de hacerle perder en la estimación de María Antonieta y desalojarle.

Habíanse desvanecido aquellos bellos días de paz y dicha con que había soñado la reina, en su casita campestre. Todavía estaba allí el jardín, el corazón de la feliz aldeana aun no había cambiado; pero aquellos á quienes había entregado este, aquellos que la habían acompañado en sus goces inocentes en la aldea, esos sí que habían cambiado. Habían arrojado la máscara placentera con que habían engañado á la bondadosa y confiada reina. Ya no eran sus amigos, servidores fieles; ahora eran pretendientes, intrigantes, aduladores, que no obraban por amor, sino por puro egoísmo.

Pero no quería creer esto la reina, sino que estaba ciega respecto de sus amigos, los amaba, confiaba en ellos, los creía afectuosos, se sentía feliz en su compañía.

Pero llegó el día en que la reina empezó á ver que esta no era la que gobernaba sino la gobernada, en que vio que no se hacía su voluntad, sino que la tiranizaban los mismos que ella había elevado.

—Me he visto en el caso, decía ella, de tomar parte en los negocios políticos, porque el rey, bueno y sano como es, tiene poca confianza en sí mismo y deja que otros influyan en sus opiniones. De todos modos es mejor que yo sea su confidente y principal consejero, porque sus intereses son los míos y los de mis hijos, ¿quién puede decirle la verdad francamente al rey de Francia mejor que su reina, su esposa, la madre de sus hijos? Y por otra parte, si el rey no es independiente, por su debilidad de carácter, que no sean al menos los que le rijan mis contrarios, mis enemigos.

Por algún tiempo cedió á sus amigos y favoritos que querían estar con la reina bajo el mismo pié que ella estaba con el rey; pero cedió, no por debilidad, como este, sino por puro cariño hacia ellos.

Cedió, por ejemplo, cuando Diana de Polignac, importunada por su cuñado del mismo apellido, y por el caballero Besenval, rogó á la reina nombrase director del tribunal de cuentas al caballero Colonne. Cedió, decimos, y Colonne, el adulador, el cortesano de Polignac, recibió

el importante nombramiento, aunque María Antonieta tuvo sus dudas crueles y no fiaba ni un tantico en el mismo hombre á quien había elevado tan alto. Entre tanto, corría muy válida la opinión que Colonne era uno de los favoritos de la reina; y mientras ésta no le trataba con mas favor que á otros, antes miraba su nombramiento como una calamidad para la Francia, por haberle elevado, se hizo el objeto de la indignación pública.

Un bien positivo, sin embargo, produjo la elevación de Colonne; porque fué la ocasión de la aparición de una multitud de libelos y folletos en que se discutía el estado fiscal de la Francia y con palabras duras y lenguaje de fuego, aunque en tono triste y desesperado, se hacía una pintura fiel de las necesidades y desventuras de la nación. Dió el rey orden estricta al ministro de Policía para que le recogiera y enviara todos esos escritos efímeros. Quería leerlos, descubrir la parte de razón y de verdad que contenían, y, por medio de sus enemigos, que sin duda no le adularían, aprender el arte de gobernar bien á su pueblo. En efecto, ellos le advirtieron que uno de los primeros cuidados de un buen rey era ser frugal, limitando los gastos de su casa.

Por esta vez obró él independientemente, no tomando consejo ni de la reina. Dispuso desde luego poner coto al lujo de la corte y á descuento las grandes pensiones de que disfrutaban los favoritos; y como la caridad bien ordenada principia en casa, para dar una prueba de su decisión, sacó á remate la mitad de sus caballos, abolió la dirección de postas, y rebajó á la mitad los sueldos que se pagaban al aya de los reales niños, y á la dama de honor á madama Isabel, hermana del rey.

¿Y á quienes afectaban principalmente estas economías? A la familia Polignac; porque el duque era director de las caballerizas reales y vice-director el duque de Coigny; además, el primero en jefe del ramo de postas; su esposa, Diana, dama de honor de madama Isabel, y Julia de Polignac aya de los hijos de Francia.

Por supuesto, ninguno de estos quería creer lo que pasaba, todos tenían por imposible, que de un golpe les redujeran sus entradas á la mitad. Los amigos íntimos acudieron al Trianon, para tener una entrevista con la reina, oír de sus labios la promesa de que no permitiría serles defraudada de sus derechos y de que haría revocar el decreto de reducción de sueldos y supresión de empleos.

—Es la voluntad del rey, contestó la reina, que por la primera vez se negó á ceder á sus amigos, y yo me alegro demasiado de que el rey tenga voluntad propia, para osar oponerme. Que él reine. Tales son su deber y su derecho, como es obligación de todo vasallo fiel conformarse á sus mandatos y obedecerle.

—Pero es duro, exclamó el señor Besenval, “es horrible, vivir en un país donde nadie está seguro de que poseerá mañana lo que tiene hoy, como hasta el presente ha sido siempre la práctica en Turquía.”

Tembló la reina y dirigió los ojos atorada, primero al que acababa de hablar, luego á sus demás amigos, y en todos los semblantes leyó el disgusto y el extrañamiento. Por la primera vez cayó la máscara de cortesanos sinceros y de servidores fieles que habían llevado, y pudo

María Antonieta desengañarse de la ilusión en que había vivido hasta allí, pues ya sus ojos no despedían un rayo de afecto, ni en sus labios se asomaba una sonrisa amistosa.

Trató la reina de llevarse la mano al corazón, como si le hubiesen clavado una daga sutil. Ganas tuvo de llorar; pero se contuvo y solo dejó escapar un apagado suspiro.

—No sois vosotros los únicos perdidosos, amigos míos, les dijo ella con suavidad. También pierde el rey, porque es claro, que reduce sus caballerizas, sacrifica sus caballos y sus coches, y, junto con estos, sus buenos servidores. Todos debemos usar economías y reducir nuestros gastos. Pero aun podemos ser buenos amigos y pasar horas muy agradables en goces inocentes aquí en el Trianon. Vamos, amigos, olvidemos los cuidados y pesares. Viva la alegría! Coigny, hace una semana que me debe un juego al billar. Págueme hoy. A la sala de billar, amigos, vamos.

Y la reina, cuyo ánimo no se abatía fácilmente, riendo y triscando, fué por delante de sus amigos hacia la sala de billar. Tomó en la mano derecha su taco, lo blandió en el aire como un cetro y dijo:—Fuera los cuidados...

Y se calló al punto, porque al volver los ojos, advirtió que nadie había obedecido su llamada, si se exceptúa el duque de Coigny, cuyo nombre pronunció cuando hizo la invitación.

Despidieron rayos de cólera los hermosos ojos de la reina.

—¿Cómo! exclamó ¿No han oído mis compañeros la orden de seguirme?

—Si place á V. M., dijo el duque humildemente, quizás las señoras y caballeros recuerdan que según el reglamento de V. M. misma, aquí en Trianon cada cual es dueño de su voluntad y puede hacer lo que guste. Por lo visto observan mejor las leyes que algunos otros.

—Señor duque, repuso la reina suspirando ¿es que también vos me culpáis? También sois vos de los descontentos?

—Y ¿por qué había de estar contento? preguntó el duque con mas entereza. Si me privan del empleo en que he encanecido ¿quiere V. M. que esté contento? No, qué había de estarlo! No, por el contrario, me duele y desespero ver que ya no hay nada seguro, que nada es estable, que no puede uno depender de nadie... ni de la palabra de los reyes.

—Señor duque, gritó María Antonieta encendida en cólera, os propasáis, olvidáis que estais hablando á vuestra reina.

—Señora, repuso él mas alto, aquí en Trianon no hay reina ni vasallos. Así lo ha dicho V. M. misma, y yo me atengo á sus palabras, aunque V. M. no. Juguemos al billar, señora. Estoy á sus órdenes.

Diciendo esto le echó mano con movimiento brusco al taco de la reina. Era un regalo que le había hecho su hermano el emperador José. Estaba formado con la piel de un rinoceronte y adornado con abrazaderas de oro. El rey le miraba con todo respeto, y nadie que la reina se había atrevido á usarlo.

—Dámele, Coigny, dijo ella con vehemencia. Te engañas si crees que ese es tu taco es el mio.

—Señora, gritó él mas colérico todavía, pues la reina le apeaba el tratamiento, si me quitan lo que es mio ¿qué mucho que yo tome lo que no me

pertenece? Parece que esta es la última moda, y me apresuro á seguirla, siquiera no sea por otra cosa, que imitar á V. M. Empecemos.

Temblando de cólera y agitación, cogió dos bolas, las puso en medio de la mesa, y dió un tacazo; pero con tal violencia y falta de tino, que en vez de dar en la bola pegó en la banda del billar, rompiéndose por los tercios.

La reina exhaló una exclamación de indignación, é indicando la puerta con un gesto impetuoso, dijo:

—Coigny, desde hoy te relevo de la obligación de volver al Trianon. Quedas separado.

El duque, todo tembloroso de la cólera, murmurando unas palabras ininteligibles, hizo á la reina una ligera y desmañada reverencia y á paso picado salió de la sala de billar.

Siguió María Antonieta largo rato con la vista, dió un profundo suspiro, recogió los pedazos de su taco y luego se encaminó á su retrete privado, en busca de reposo y soledad. Una vez allí, se desplomó en una silla de brazos y sus lágrimas por tanto tiempo retenidas, empezaron á correr libremente.

—¡Ah! exclamó. Acabarán por destruir cuanto poseo, mi confianza, mi espíritu, mi corazón. No me dejarán sino pesares y desventuras y ninguno de los que se han titulado mis amigos, querrá dividirlas conmigo.

CAPITULO VI.

EL JUICIO.

Se señaló al fin el 31 de agosto de 1786 para verse en pleno Parlamento, la causa formada al cardenal Rohan.

Los amigos y parientes de este no solo habían tenido tiempo y maña de encaminar la opinión pública, sino de inclinar el ánimo de los jueces en favor del preso y prepararlo contra la reina.

Los enemigos de María Antonieta por otra parte, aun los legitimistas, que veían atropellados sus antiguos derechos, para favorecer á la familia Polignac, y á otras de origen oscuro; el partido de los príncipes y princesas, á quien había ofendido siempre María Antonieta, primero porque era Austriaca, en segundo lugar porque monopolizaba el cariño del rey; los agitadores y amigos de la libertad que tronaban en sus conciliábulos secretos contra los males del remo, y sostenían que era un deber sagrado destruir el maleficio que había rodeado el trono hasta allí, mostrando además el pueblo hambriento, que la reina vivía en el lujo y disipación, y era mujer ligera de cascos y voluptuosa,—todos estos, sin ponerse de acuerdo, tendían á desacreditarla y á subsanar al preso.

El juicio había sido la mejor oportunidad que podía presentarse para satisfacer su deseo de venganza y dar suelta á su indignación y su odio. La familia del cardenal, herida en su orgullo por el atropello que se hacía á aquel que era su cabeza, juntamente con sus amigos y paniaguados, pusieron en juego toda suerte de malas artes, á fin de ganar la opinión y con ella á los jueces. Para esto visitaron uno por uno los miembros del Parlamento, hicieron regalos á los que entre ellos manifestaban inclinación á recibirlos, y pagaron á escritores